

Cuando era más grande fui un callejón

Sara Andrade

Es imposible dimensionar cuántas personas viven en una ciudad.

Hay chispazos, momentos de lucidez. Cuando estás en el tráfico de las 3 de la tarde, tal vez, en los que parece que el mundo entero está yendo hacia tu casa. Las noches de concierto. Cuando buscas estacionamiento en el súper. Los días en los que visitas el panteón y te das cuenta de que caminas sobre pilas y pilas de huesos, miles de personas que estuvieron antes que tú y que el verdadero polvo hecho polvo eres tú, singular, pequeña.

Pero de ahí en más, me parece que estar viva en una ciudad es habitar una bola de nieve dentro de otra gran bola de nieve. No es posible ser consciente de los fractales de la existencia. Soy el gato de los *Hombres de Negro*, con el multiverso colgando del cuello, pero más preocupada por quién me va a sobar el lomo y cuándo voy a volver a comer atún recién abierto que sobre las implicaciones de poseer todo lo que existe en la palma de la mano. O eso quiero creer. Que no me atormenta lo que no sé, que no me paraliza mi incapacidad para conocerlo todo, que no me duele pronunciar que no puedo saberlo todo, sostenerlo en mi mano, canica milagrosa, y que lo que me conciernen son las cosas pequeñas, como decía Tino el Pingüino. **Una equivalencia entre cuerpo, geografía y episteme. Sé en cuanto al tamaño que tengo en un espacio determinado.** Así que me digo a mí misma que soy bohemia, que vivo al día, en el presente perpetuo, abandonada a cada momento y a la deriva del siguiente. Que no soy de esas que se detienen ante la ansiedad por los errores cometidos y por cometer, y que poseo una ligereza de gato parapetado en una barda.

Lo que quiero decir es que para mí es muy fácil creer que Zacatecas se compone exclusivamente del centro, porque aquí vivo. Mi mundo es mi calle, la Venustiano Carranza, la López Velarde, Tacuba, la Hidalgo, Fernando Villalpando, Quebradilla. O hacia arriba también: San Luis, Donato Guerra, Altapalmira, las faldas del cerro, sus caminos sin nombre, sus tiros de mina taponados de tierra y basura. Cuando estoy en la punta del crestón, veo a la ciudad como una abstracción sin forma y sin particularidades. A veces pienso que es una cobija de tigre, plegada sobre los cerros. Otras, sobre todo cuando voy al anochecer y todo se ilumina, que parece una araña gorda, de patas largas, o Dedos de *Los Locos Adams*, pero si estuviera vestido de gala, con un vestido dorado. Quizá por esa razón nunca me he preocupado en conocer las otras esquinas de la ciudad, porque desde arriba la ciudad me da la mano de vuelta, me reconforta con su pareidolia de criatura. Ahí una mano, acá la curva de un hombro, por

allá, una pierna larga y torcida, con zapato, como si fuera una bota sin atar.

Como yo soy la que habito esta ciudad entonces yo la personifico como quiero. Para mí, la ciudad es casi una mujer. Su nombre lleno de as, su disposición confusa, caprichosa, la manera en la que me seduce solamente para hacerme caer y que me pregunta si soy digna para ella. Tiene el cuerpo de una pintura impresionista, tiene la voz metálica del sonido del tren, tiene los cabellos largos, secos, como cuando te sales de bañar y dejas que el día te peine. Es mujer porque yo soy mujer. Es incomprendible porque, de otra manera, yo no podría vivir en ella. Nos hacemos nudos entre las dos: yo intento descubrir qué quiere decir la fractura en su cara irregular y ella me lo impide. Amante y amado. Nos perseguimos como personajes de una vasija griega. La triangulación de nuestro amor: yo, lo que no sé, y ella, *mi* ciudad. Y tal vez ese adjetivo posesivo está mal colocado. Quizá yo soy de ella. Después de todo, yo soy la zacatecana.

Aquello que no conozco se puede catalogar como geográfico, entonces. Tengo una pésima memoria y una habilidad magnífica para los malos hábitos, así que lo que no recuerdo me lo invento. Por lo que mi ciudad particular tiene un centro muy desbordado, como visto en objetivo de ojo de pez. Mis fronteras están muy flacas y a veces me parece que las atravieso con facilidad: de la ciudad paso al cerro, a lo no habitado. Me habito y me deshbito con cruzar una avenida. Estoy en una colonia y luego estoy encima de una colonia de hormigas, trazando camino entre el zacate. Zacate, Zacatecas. Esta ciudad colapsa lo micro con lo macro. Esta ciudad me engaña con sus formas, con las palabras con las que se construye.

Y como para mí, ese afuera de la puerta de mi casa es un gran afuera, entonces, necesariamente, mi casa más allá de mi casa, debe tener un límite.

La búsqueda de este límite me ha obsesionado ya por dos años. No me parece encontrarlo porque, mientras más salgo tras su rastro, más encuentro con que la ciudad se expande. Yo, en mi pequeño reino de las Primaveras, me ufano de saberlo todo, solo para salir a los bordes de este y encontrar que hay más allá. Más allá del cerro de las Antenas,

de la iglesia de Guadalupito, resguardando mi horizonte con serenidad. Más allá de la corona de la Bufo, más allá del sonido del tren. Desde el techo de mi casa puedo presentirlo todo, pero presentir no es conocer y para conocer, según lo que hemos aprendido en la escuela, hay que seguir un método que nos lleve al resultado más óptimo.

Sin embargo, como dijo la poeta laureada Fiona Apple, «*My method is uncertain. It's a mess but it's working*». Así que no tengo una metodología sobre cómo descubrir hasta dónde Zacatecas deja de ser ciudad y se convierte en otra cosa.

Los mapas no son de fiar, porque los mapas están detenidos en el tiempo y una ciudad está viva, viva como tú y como yo, y no se está en paz. Mi abuela diría: piojos en el fundillo. Nosotros los piojos, claro. Podría preguntarles a las autoridades, al gobierno. Y ya lo he hecho pero, desafortunadamente para mí, no suelen responder bien las preguntas sobre «¿no siente usted una extraña correspondencia entre ciudad y espíritu? ¿No le parece que las calles describen el lenguaje sagrado de su alma? ¿No cree usted que el segundo piso del bulevar se siente como una lanza clavada en el costado?». He hecho lo que hacían mis antepasados científicos: salir a caminar y averiguar con mis propios ojos dónde está posicionado todo, pero como no soy científica, sino una pobre ilusa que siente que las piedras le hablan, entonces la observación se convierte más bien en geomancia. ¡Ajá!, me digo a mí misma, de pie en medio de la calle Morelos, luego de encontrar el cuadrado color naranja que sé que es mi casa, y las cortinas blancas que sé que son las cortinas de mi habitación. Y me imagino que del otro lado salgo yo misma a buscarme con la mirada y yo le digo hola con la mano pero estamos tan lejos, que no nos vemos muy bien. ¿Cómo nos podremos comunicar? ¿Señales de humo? ¿Quizá con un espejo, como hacíamos de niños con cada avión que pasaba en el cielo porque nos hicieron creer que el papa Juan Pablo no tenía nada que hacer más que atravesar el espacio aéreo de Zacatecas, México?

Me convierto más bien en una especie de turista. Soy la turista de mi ciudad. La fetichizo, como para no acostumbrarme a ella. No me quiero acos-

tumbrar a vivir aquí. Quiero despertar todos los días y decir, qué increíble, qué espacio tan más raro, tan más inexplicable. ¿Qué encontraré hoy fuera de mi puerta?

Creo que mi problema es, en todo caso, salir de mi callejón.

Soluciones victorianas para problemas victorianos

En este punto, mi trágica historia resulta casi ridícula.

La primera vez me pareció una anécdota sobre la resiliencia humana. La segunda, una historia sobre las oportunidades, sobre crear a pesar del dolor. Ahora, en la tercera, me digo que quizá nací bajo la estrella de un dios con un sentido del humor bastante rancio, porque estar pasando por un tercer tratamiento de tuberculosis, por la tercera biopsia, por la tercera racha de encierro causada por ese bicho que ha decidido habitar en las avenidas de mi sistema linfático, debe ser el chiste menos gracioso que he escuchado en mi vida. Y sin embargo, me río. Porque si no me río, entonces, probablemente lo que haga es arrojarme de un lugar muy alto, pero no, no. La risa es lo que calienta, dice mi abuela, y el calor es movimiento.

Entonces: tuberculosis por tercera vez

Así que los doctores, antes de la isoniacida (el antibiótico de primera línea contra la tuberculosis, descubierta por accidente, pensada primeramente como antidepresivo), recomendaban que te fueras a tomar aire de montaña o aire de mar. En la Edad Media, creían que solo los reyes podían curarte si te tocaban (preferible que te tocara el elegido de Dios que una barra de jabón, supongo). Nuestro buen amigo Hipócrates decía que una vez afectado por la tisis era preferible acostarse a recibir la muerte, porque simplemente era fatal. Y quién sabe qué hacían nuestros parientes prehistóricos, porque han encontrado bacilos de tuberculosis en los fósiles del *homo erectus*. ¡Tuberculosis en el Neolítico! No he conocido una cosa más aferrada con existir que esta enfermedad.

Ahora, gracias al indomable espíritu humano y a la avaricia de las grandes corporaciones farmacéuticas, tengo acceso a una medicina que, se supone, debe curarme. Pero de ahí en más las recomendaciones son las mismas que recomendaba mi otro gran amigo Galeano: descansar, respirar aire fresco y quizá consumir un té de hierbas desconocidas que sirvan como purgante y placebo.

Lo he hecho todo, por supuesto. Pero como ya no tengo la ventaja de vivir en el siglo XIX, cuando a las mujeres enfermas las encerraban en habitaciones de tapizados amarillos, ahora tengo que salir a trabajar, a encerrarme con conocimiento de causa a una oficina, nuestro espacio del terror del siglo XXI. Pero no solo eso: tengo que ir al súper, tengo que ir al banco, tengo que ir a Correos de México, tengo que hacer mi vida como si no estuviera luchando contra una enfermedad que lleva medio millón de años intentando matar a seres incautos como yo. Y yo, que soy el ser más incauto que la tuberculosis pudo encontrarse en este lado del globo, además tengo que ir corriendo diario al cerro para sentirme humana.

Sin energía para, de hecho, irme a correr al cerro, decidí comenzar a asomarme a las colonias que solamente veía de paso en el carro, pero a las que nunca conocí de cerca.

Así inicia esta historia, de hecho. Yo, impedida para realizar mi peregrinaje diario hacia el cerro, tuve que conformarme con el resto de la ciudad. ¡Qué injusto, pensaba yo! ¿Quién le dirá de cosas bonitas a los huizaches y a las liebres? ¿Quién mirara con ojo perverso a la ciudad desde las alturas? ¿De qué otra manera podré destruirme el cuerpo en la persecución de un pensamiento vano?

Comencé a darle vueltas a mi colonia. Me convertí en la *flâneur* de mí misma, esa figura bohemia de francés vagabundo sin oficio ni beneficio. Todavía existían un par de calles por las que nunca había caminado porque no tenía necesidad de hacerlo. Subía por la San Luis y me por las callejuelas, entrando y saliendo, asomándome por las ventanas y las cocheras. Todo me parecía muy familiar porque es familiar: había pasado toda mi vida pasando por aquí, pero no prestando atención, como para ser

capaz de describir y entender qué es lo que transcurre en esta calle, qué colores son sus casas, qué se ve por sus ventanas y, sobre todo, qué Zacatecas se ve desde este nuevo epicentro.

Luego comencé a irme más lejos. Abría Google Maps y escogía un punto al otro lado de la ciudad. A veces lo hacía con un poco de aprehensión porque comenzaba a sentirme como extranjera. Estas calles no eran las mías, estas casas no habitaban en mi memoria. Así que andaba con el cuidado de un visitante: hola, pasaba por aquí, no tengo malas intenciones. Cuando me asomaba hacia el resto de la ciudad, me sorprendía ver lo rápido que la perspectiva de las cosas cambiaba. Por ejemplo, desde la parte más alta del Tanquecito la Bufa no me mira de frente, sino que me da su cara a tres cuartos. O por ejemplo, dentro del rebote de Barbosa el atardecer parece quemar más fuerte las casas porque el sol no se oculta por los edificios, por la inclinación que tiene la San Luis. O como, más allá incluso, cerca del templo de Mexicapan, Zacatecas no luce como un manto ancho entre los cerros, sino apenas un pueblecito que no se atreve a extenderse más allá de las colinas.

Convertida en ese gato metafórico, me metía por todas las callejuelas que aparecían por mi camino trazado en el celular. Me deleitaba ante las fachadas, las casas abandonadas, los edificios de oficinas, los parques, las escuelas, los ancianos sentados en la banqueta volteándome a ver con curiosidad. Subía y bajaba, entraba y salía. Conectaba los puntos en mi cabeza: ah, así que por aquí sales por el Felguérez, ah, así que por acá es como llegas a las vías del tren. Ah, así que desde aquí mi casa deja de verse, la Bufa se ve lejana, Guadalupe es inexistente en el horizonte, y ahora lo que veo es Fátima, afilada y muy rosada, dirigida hacia el cielo, como una punta de lanza. Ah, así que mi perspectiva no es la única que existe.

En noviembre, visité muchas colonias y comunidades de Zacatecas por mi trabajo. Pasé semanas enteras yendo y viniendo a lugares dentro de la municipalidad que no consideraba como parte de este todo. Colonias muy pobres sin servicios, comunidades metidas entre los cerros que vemos azules a

la distancia, sin señal de teléfono. Y si la pobreza de aquellos lugares me entristecía, lo que me sorprendía era la calidez de la gente. Ancianos y señoras y muchachos con las manos ajadas por la tierra y el cemento. Me daban sus credenciales de elector sucias y rotas y me sentía extrañamente melancólica al ver sus nombres y sus caras suspendidas en el tiempo, como si lamentara no conocerles como parecían conocerles sus vecinos. Vidas que nunca iban a tocar la mía salvo ahora, en el ejercicio de una labor gubernamental. Y yo, para ellos, no era más que una figura espectral momentánea, que iba a aparecer un segundo y luego me iba a perder para siempre de su memoria.

Quizá porque quería decirles: Yo soy la persona que más quiere conocer todo lo que habita esta tierra. Depositen en mí todo lo que saben, todo lo que sienten y agreguen a mi mirada sesgada la multitud de sus perspectivas. Me convertiré en una araña, con ocho ojos y ocho patas, para verlo todo, para llegar a todas partes. Me convertiré en este callejón en el que viven y estaré aquí hasta que ustedes no estén.

Pero regresaba a mi casa luego de estar todo el día fuera y me sentía tan fatigada como si realmente hubiera ido corriendo al cerro. Decía yo: qué cansado es hablar con la gente, qué terrible es saber sobre los demás, qué asqueroso es oler a sudor y a tierra quemada por el sol. Y me acostaba en la cama para sobrellevar la fiebre que se alzaba, porque todavía tenía tuberculosis a pesar de mis ganas de ser araña topográfica. Y la tuberculosis es solo otro aspecto de esta distancia entre mí misma y los demás, entre mis deseos y la realidad. Así que me permito sorprenderme por lo obvio y por lo pequeño. Lo tomo entre mis manos y le doy vueltas bajo los rayos de sol, para encontrarle una faceta que sea improbable, que sea enorme, que pueda explicar todo cuanto hay con un movimiento perfecto de luz refractada, porque me parece que sí puedo hacer algo hermoso de las calles pobres y rotas y comunes de esta ciudad entonces puedo hacer lo mismo conmigo misma. Una credencial de identidad, que aunque rota y llena de tierra dura, sigue diciendo mi nombre.

Ciudad *doppelgänger*

Una de las cosas más importantes que entendí sobre la literatura gótica es que solamente puede existir anclada a una localidad. Todo lo que es gótico es regional, pues lo gótico se alimenta precisamente de las particularidades extrañas y siniestras de habitar un lugar que se está convirtiendo en algo más. Los castillos europeos en decadencia, los cementerios abandonados, las capillas medievales. Londres en la neblina de la vida después de la Revolución Industrial. Nueva York en los estertores del sueño americano. La suburbia, con sus casas todas idénticas y sus secretos abyectos detrás de sus vallas blancas.

Mi idea ahora es articular el caso de que Zacatecas es gótico y, entre que sí es o no, la cuestión es que Zacatecas puede ser gótico porque es un lugar en el que enclavar una estética que genere arte. Están unidos, quiero decir. La ciudad y su extrañeza y aquello que se escribe de manera gótica. Quiero decir, ¿no somos nosotros una especie de Nosferatus, merodeando una ciudad que está muerta y viva, como un Golem, detenida en el tiempo, llena de ruinas, de un pasado glorioso que nunca se convirtió en el futuro glorioso que los mineros creían ver?

Cuando escribo sobre Zacatecas, me doy cuenta, lo hago pensando en la ciudad como mi casa, expandida hacia afuera, como la *eruv* judía en Nueva York, esa línea marcada por los judíos ortodoxos que les permite extender hacia afuera los límites físicos de su casa para poder realizar actividades prohibidas durante el Shabbat. Eso era lo que yo pensaba cuando era más niña. Que existían líneas en el piso o cables entre los postes de luz que indicaban que aquí era patrimonio del mundo entero y que allá era tierra de nadie. O tierra sin nombres. El suburbio de la historia. La periferia documental. Y el centro, hinchado de significado, estoy yo, prostrada en una habitación, enferma victoriana, en una cuarentena simbólica.

Veo la correspondencia entre esta casa-ciudad y el palacete ruinoso de un vampiro de Europa del

Este. Encuentro mi correspondencia con esa criatura, que tiene que llevarse un puño de la tierra de su tumba para poder moverse hacia otros países. Soy gato, araña y vampiro entonces. Una cosa que pica, que muerde, que penetra con garras o dientes las fronteras entre las cosas. Si Zacatecas es una mujer, la epidermis de su cuello es la plaza de Armas, desde donde percibo todo lo que me compone: iglesia, edificio gubernamental del siglo XVII, la Bufa, mirándome de vuelta, el puesto de elotes, la estatua de López Velarde sentado en una banca, en la que me siento para preguntarle, ¿realmente crees que *la capital de tu ciudad es bizarra*? ¿Bizarra en el sentido anglosajón de la palabra? Sí, tal vez en ese sentido. En el sentido de extraña, raruna, inaprensible. ¿Valiente? Tal vez, si consideramos a la valentía la terquedad de permanecer idéntica durante quinientos años, pequeña, configurada en un espacio que se puede ver con el ojo desnudo.

Por otra parte, Mark Fisher, en *Flatline Constructs*, dice que lo gótico es eso que está entre lo animado y lo inanimado, un plano transversal que atraviesa la distinción entre lo vivo y lo no vivo. Lo que es gótico, más allá de sus consideraciones literarias, es eso que solamente puede ser descrito como si estuviera vivo, a pesar de no estarlo. La cibernética y la inteligencia artificial, por ejemplo, pero también la cultura posmoderna, más allá de la historia, en su eterno reciclaje, sin novedad alguna.

A mí me interesa esta manera de ver lo gótico porque me parece que podría aplicarse a muchas formas, como el sánscrito, lenguaje ritual, artificialmente vivo, como un cassette, con su música grabada en una cinta magnética, como la idea de un centro histórico patrimonio de la Humanidad, que mantiene su valor entre mejor se conserve como lo construyeron manos de hombres nacidos en el 1500; como yo, tal vez, encarnando la figura de mujer del año 2025, cristalizándome en Instagram, en Twitter, en un blog que olvidaré en un par de años, y que me preservará para siempre, a los dieciséis, a los veintitrés y a los treinta y dos, o hasta que los servidores donde se guarda mi cara y mis opiniones dejen de funcionar, como escindida en micrótomos, para ser analizada bajo microscopio.

pio por mi propio ojo escrutador, porque a nadie le importa más la conservación de tu pasado a que ti mismo. La ciencia del reflejo. Reflejo: acción de volver hacia atrás. O en su otra acepción: eso que se produce involuntariamente como respuesta a un estímulo. *Soy en cuanto me miro, reflejada en la superficie radiante del mundo.*

Así que regreso a la idea de lo liminal. En el capítulo 4 de su libro *La selva de los símbolos* Victor Turner describe lo que él llama el periodo liminar de los ritos de paso. «Entre lo uno y lo otro» explica el concepto de una persona que está en el proceso de «convertirse en algo más»: de ser considerado un niño a ser un adulto; de ser soltero a un hombre casado, por ejemplo. Turner dice que la liminalidad es la segunda fase en el rito de transición, que precedida por una separación y precedida por una agregación. El *limen*, o el margen entre una y otra, es donde una persona espera a cumplir todos los ritos de paso para poder ser considerada otra categoría concreta. El mismo Turner dice que es un espacio simbólico «extraño y complejo», pero cuya disolución categórica forma parte de los rituales que estructuran una sociedad. No pueden existir los hitos si no existen, antes, los umbrales por los cuales pasar de uno a otro.

En la vida de una persona, este momento liminal es la adolescencia o, más concretamente, los quince años y *sweet sixteen*, cuando un niño se convierte en un adulto. Se supone que esta etapa no debe ser permanente, sino un proceso simbólico en el que la persona se separa de un estado y se agrega a otro. No es de extrañar que la estructura de nuestras ciudades existan espacios liminales también, sobre todo presuponiendo que en arquitectura, lo de adentro informa lo de afuera. P. T. Zimmerman dice que lo liminal «es un espacio esencialmente ambiguo y, por definición, temporal; un espacio de transición o un espacio entre constantes fijas». Pensamos entonces en pasillos, puentes, salas de espera, terminales de autobuses, aeropuertos, gasolineras, baños; son «no-lugares» en los que no cabe la familiaridad o la identificación debido a su naturaleza transitoria y anónima. Estos espacios no le pertenecen a nadie y su función no es de arri-

bo, sino que son el espacio entre un lugar y otro, como Turner hablaba de los ritos de pasaje. Un espacio liminal es literalmente un pasaje y también un pliegue, entre lo de adentro y lo de afuera.

En el *The Weird and the Eerie*, Mark Fisher dice básicamente lo mismo: «no hay interior si no es como un pliegue de lo exterior»; es una ruptura «del tejido mismo de la experiencia». En su libro, Fisher intenta hacer una distinción entre los dos conceptos de lo extraño y lo inquietante, diciendo que lo extraño (*the weird*) es todo aquello que trastoca lo familiar, «lo extraño dentro de lo familiar, lo extrañamente familiar, lo familiar como extraño»; es lo que está fuera de lugar en un momento dado, pero que en última instancia puede subsumirse en el marco de lo familiar. Y dice que lo inquietante (*the eerie*), en cambio, es una estética, una sensación, la que se produce cuando «hay algo presente donde no debería haber nada, o cuando no hay nada presente cuando debería haber algo»; asegura que es «una incursión de lo desconocido en un silencio, un vacío, un hueco». Y en el pliegue de estas consideraciones está lo gótico.

Lo raro, por tanto, sería todo lo que trastoca nuestra familiaridad con la amenaza de la alteridad sobre nuestra identidad, es un algo físico, imposible pero real al mismo tiempo, que se ha hecho presente en nuestra supuesta realidad familiar. Pienso, por ejemplo, en las cruces de caca de Guadalajara. Son extrañas, escatológicas, que informan de un proceso humano que no debería estar a la vista de todos pero existen, sorprendentemente, sin que nadie pueda explicar su existencia. Nadie sabe su propósito ni su creador. Solo están ahí, atormentando al transeúnte, hasta que desaparecen.

Intento pensar en algunos ejemplos zacatecanos: ¿no es el fenómeno de santos y cristos gigantes un suceso extraño? Me hacen recordar al episodio de Los Simpson en el que los espectaculares cobran vida para devorar a ciudadanos de Springfield. Me imagino de repente que el Niño Dios gigante puede adquirir vida y salir hacia el desierto rojo de Zoque a obliterarnos con sus ojos de rayo láser. Y debo decir, primero, que las estatuas de santos o de hombres ilustres no son extrañas en sí mismas,

están contextualizadas, forman parte del paisaje usual de una ciudad. Pero ¿qué sucede cuando una de esas estatuas es gigantesca sin contexto? ¿O cuándo la despojas de la atmósfera citadina para colocarla en medio de la nada?

El Niño Dios de Zoquite es extraño porque su tamaño es antinatural, su figura es alienígena, sin precedente; peor, parece que está a punto de cobrar vida en cualquier momento. Los niños dioses que conocemos de nuestra infancia o de nuestras navidades son pequeños bebés que caben en la palma de nuestras manos o dentro del pesebre en miniatura. Reconocemos perfectamente su cabello de bola de nieve, sus pestañas de mujer y sus manos en gesto de santo católico. Pero su tamaño y su posición nos sacan de la familiaridad, nos llevan directamente a la extrañeza. Y por eso, ir a ver al Niño Dios de Zoquite es una experiencia tan desconcertante: tienes que atravesar la carretera, una localidad de casas pequeñas y poco interesantes, te estacionas en una calle polvorienta y atraviesas las puertas de una iglesia de rancho para darte de bruces contra algo que no debería existir y, sin embargo, lo hace. Un bebé que parece un adulto que parece un músico londinense de éxitos comerciales, que además está desnudo y que además está empotrado en la pared como a media estampida, como si estuviera a punto de correr hacia ti. Es una exageración llevada al límite, a tal punto que ni siquiera es graciosa, sino preocupante.

Pero ahora me pregunto si la cosa no irá más en el camino de la predilección zacatecana de tender hacia lo extraño. O de la mía de explicarme el mundo en conceptos grandilocuentes, en motivos literarios. Porque habitamos un estado extraño en su forma, en su geografía, en su ordenamiento urbano, en su historia, en su etimología. Zacate, Zacatecas. ¿No existirá, entonces, una tendencia hacia lo raro, como agua que corre por donde antes había un río? ¿No será este juego de espejos, más bien, un juego de puertas, que hay que atravesar para llegar del otro lado de uno mismo?

Me veo a mí misma en este permanente ejercicio de reflexión, de mirarse a un espejo: la ciudad puede ser tú misma si estás dispuesta a crecer infinitamente y a no tener fronteras; a comer gente, a hacerla parte de tu sistema gástrico; o a ser abandonada, a vivir en la memoria, nunca en el presente en el que eres perpetuamente fea. Ser una ciudad es estar compuesta por otros, que te habitan, o algo que, pasado el tiempo, solo es cascajo entre los brezos. Sin embargo, a lo más que puedes aspirar es a estar consciente de esta maldita condición. Un momento en el tráfico, saliendo del concierto, caminando de noche hacia tu casa.